

#### CAPÍTULO IV.

DE CÓMO SE SALVA POR EL CATOLICISMO EL DOGMA DE LA PROVIDENCIA Y EL DE LA LIBERTAD, SIN CAER EN LA TEORÍA DE LA RIVALIDAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.

En ninguna otra cosa resplandee tanto la incomparable belleza de las soluciones católicas como en su universalidad, ese atributo incommunicable de las soluciones divinas. No bien es aceptada una solución católica, cuando luego al punto todos los objetos antes oscuros y tenebrosos se esclarecen, la noche se torna día y el orden sale del caos. No hay ninguna de ellas en que no esté ese soberano atributo y aquella secreta virtud, de donde procede la grande maravilla del universal esclarecimiento. En esos piélagos de luz no hay mas que un punto opaco, aquel en donde está la solución misma que penetra con su luz esos piélagos profundos. Consiste esto en que, no siendo el hombre Dios, no puede estar en posesion de aquel atributo divino por el cual el Señor de todo lo criado ve todo lo que crió con una luz inefable. El hombre

está condenado á recibir de las sombras la explicacion de la luz, y de la luz la explicacion de las sombras. Para él no hay cosa evidente que no proceda de un impenetrable misterio. Entre las cosas misteriosas y las evidentes hay, sin embargo, la notable diferencia de que el hombre puede oscurecer las evidentes, pero no puede esclarecer las misteriosas. Cuando, para entrar en posesion de esa luz inefable que está en Dios y que no está en él, desecha por oscuras las soluciones divinas, da consigo en el laberinto intrincado y tenebroso de las soluciones humanas. Entonces sucede lo que acabamos de demostrar; que su solucion es particular; como particular incompleta, y como incompleta falsa. Considerada á primera vista, parece que resuelve algo; considerada mejor, se ve que no alcanza á resolver nada de lo que parece que resuelve; y la razon, que comienza por aceptarla como plausible, concluye por desecharla por ineficaz, contradictoria y absurda. Esto último quedó completamente demostrado en el capítulo anterior: por lo que hace á la cuestion que venimos discutiendo, despues de haber demostrado la ineficacia evidente de la solucion humana, solo nos falta demostrar la eficacia suprema y altísima conveniencia de la solucion católica.

Dios, que es el bien absoluto, es el supremo hacedor de todo bien; y todo lo que hace es bueno, siendo imposible á un tiempo mismo que Dios ponga en la criatura lo que no tiene, y que ponga todo lo que tiene, en la criatura. Dos cosas son de todo punto imposibles, conviene á saber: que ponga el mal que no tiene en alguna cosa, y que ponga en alguna cosa el bien absoluto: ambas imposibilidades son evidentes, como quiera que es imposible concebir que alguno dé lo que no tiene, y que el Criador quede absorbido en la criatura. No pudiendo comunicar su bondad absoluta, que sería comunicarse á sí propio, ni el mal, que sería comunicar lo que no tiene, comunica el bien relativo, con lo cual comunica todo lo que puede comunicar, algo de lo que está en él y que no es él, poniendo entre sí y la criatura aquella semejanza que atestigua la procedencia, y aquella diferencia que atestigua la distancia. De esta manera toda criatura va diciendo, solo con mos-

trarse, quién es su Criador, y que ella no es mas que su criatura.

Siendo Dios el criador de todo lo criado, todo lo criado es bueno con una bondad relativa. El hombre es bueno en cuanto hombre, el ángel en cuanto ángel, y el árbol en cuanto árbol. Hasta el príncipe que relampaguea en el abismo, y el abismo en donde relampaguea, son cosas buenas y excelentes. El príncipe del abismo es bueno en sí, porque por serlo no ha dejado de ser ángel, y Dios es el criador de la naturaleza angélica, excelente sobre todas las cosas criadas; el abismo es bueno en sí, porque se ordena á un fin que es bueno soberanamente.

Y sin embargo de ser buenas y excelentes todas las esencias criadas, el Catolicismo afirma que el mal está en el mundo, y que son grandes y portentosos sus estragos. La cuestion consiste en averiguar, por una parte, qué cosa es el mal; por otra, en dónde tiene su origen; y últimamente, de qué manera concurre con su propia disonancia á la universal armonía.

El mal tiene su origen en el *uso* que hizo el hombre de la facultad de escoger, (1) la cual, como digimos, constituye la imperfeccion de la libertad humana. La facultad de escoger estuvo encerrada en ciertos límites impuestos por la naturaleza misma de las cosas. Siendo todas buenas, esa facultad no pudo consistir en escoger entre las cosas buenas, que existian necesariamente, y las malas, que no existian de manera ninguna; consistió solo en unirse al bien ó en apartarse del bien, en afirmarle con su union ó en negarle con su apartamiento. El entendimiento humano se apartó del entendimiento divino, lo cual fué apartarse de la verdad; apartado de la verdad, dejó de conocerla. La voluntad humana se apartó de la voluntad divina, lo cual fué apartarse del bien; apartada del bien, dejó de quererle; habiendo dejado de quererle, dejó de ejecutarle; y como, por otra parte, no pudo dejar de poner en ejer-

(1) Es decir: el mal comenzó cuando el hombre escogió despues de haberse colocado en punto de negar la verdad, ó sea en la via del mal; mientras que si el hombre no se hubiera apartado de la verdad, su facultad de escoger no habria producido sino el bien. No obstante que la frase del autor va aquí conforme con su razonamiento, habria sido quizás mas clara para el comun de los lectores, si en vez de la palabra *uso*, hubiese empleado la de *abuso*.

cicio sus facultades íntimas é inamisibles, que consistian en entender, en querer y en obrar, siguió entendiendo, queriendo y obrando; si bien lo que entendia apartado de Dios no era la verdad, que solo está en Dios; ni lo que queria era el bien, que solo está en Dios; ni lo que obró pudo ser el bien, que ni entendia ni queria, y que no siendo ni querido por su entendimiento ni aceptado de su voluntad, no pudo ser el término de sus acciones. El término de su entendimiento fué entonces el error, que es la negacion de la verdad; el término de su voluntad fué el mal, que es la negacion del bien; y el término de sus acciones el pecado, que es la negacion simultánea de la verdad y del bien, manifestaciones diversas de una misma cosa considerada bajo dos puntos de vista diferentes. Negándose por el pecado todo lo que Dios afirma con su entendimiento, que es la verdad, y todo lo que afirma con su voluntad, que es el bien; no habiendo en Dios mas afirmaciones que la del bien que está en su voluntad, y la de la verdad que está en su entendimiento; y no siendo Dios sino esas mismas afirmaciones sustancialmente consideradas, se sigue de aquí que el pecado, que niega todo lo que Dios afirma, niega virtualmente á Dios en todas sus afirmaciones; y que negándole, y no haciendo otra cosa sino negarle, es la negacion por excelencia, la negacion universal, la negacion absoluta.

Esa negacion no afectó ni pudo afectar las esencias de las cosas, que existen independientemente de la voluntad humana, y que despues como antes de la prevaricacion, fueron no solo buenas en sí, sino tambien perfectas y excelentes. Empero si el pecado no las quitó su excelencia, las quitó aquella soberana armonía que puso en ellas su divino Hacedor, que es aquella trabazon delicada y aquel orden perfecto con que estaban juntas unas con otras y todas con él, cuando las sacó del caos despues de haberlas sacado de la nada por un efecto de su bondad infinita. Segun aquel orden perfecto y aquella trabazon admirable, todas las cosas se movian derechamente hácia Dios con un movimiento irresistible y ordenado. El ángel, espíritu puro abrasado de amor, gravitaba hácia Dios, centro de todos los espíritus, con una gravitacion amorosa y vehe-

mente. El hombre, menos perfecto pero no menos amoroso, seguia con su gravitacion el movimiento de la gravitacion angélica, para confundirse con el ángel en el seno de Dios, centro de las gravitaciones angélicas y humanas. La materia misma, agitada por un secreto movimiento de ascension, (1) seguia la gravitacion de los espíritus hácia aquel supremo Hacedor que traia á sí sin esfuerzo todas las cosas. Y así como todas estas cosas, consideradas en sí, son las manifestaciones exteriores del bien esencial que está en Dios, esta manera de ser es la manifestacion exterior de su manera de ser, como su exencia misma, perfecta y excelente. Las cosas fueron hechas de tal modo, que tuvieran una perfeccion mudable, y otra necesaria é inamisible: su perfeccion inamisible y necesaria fué aquel bien esencial que puso Dios en toda criatura; su perfeccion mudable fué aquella manera de ser con que Dios quiso que fueran cuando las sacó de la nada. Dios quiso que fueran siempre lo que son; no quiso, empero, que fueran necesariamente de la misma manera; sustrajo las esencias á toda jurisdiccion que no fuera la suya; puso por un tiempo el orden en que estan, bajo la jurisdiccion de aquellos seres que formó inteligentes y libres. De donde se sigue que el mal, producido por el libre albedrío angélico ó el libre albedrío humano, no pudo ser y no fué otra cosa sino la negacion del orden que puso Dios en todas las cosas criadas; cuya negacion va envuelta en la palabra misma que la significa, con lo cual se afirma lo mismo que se niega: esa negacion se llama desorden. El desorden es la negacion del orden, es decir, de la afirmacion divina, relativa á la manera de ser de todas las cosas. Y así como el orden consiste en la union de las cosas que Dios quiso que estuvieran unidas, y en la separacion de aquellas que quiso que anduvieran separadas; de la misma manera el desorden consiste en unir las cosas que Dios quiso que anduvieran separadas, y en separar aquellas que quiso Dios que estuvieran unidas.

(1) No se entienda que el autor ha querido con esta frase reconocer en la materia una fuerza propia é intrínseca; pues bien claramente se deduce lo contrario de las palabras con que termina este mismo periodo, en que dice que era Dios que traia á sí sin esfuerzo todas las cosas.

El desórden causado por la rebelion angélica consistió en el apartamiento, por parte del ángel rebelde, de su Dios, que era su centro, por medio de un cambio en su manera de ser, que consistió en convertir su movimiento de gravitacion hácia su Dios en un movimiento de rotacion sobre sí mismo.

El desórden causado por la prevaricacion del hombre fué parecido al causado por la rebelion del ángel, no siendo posible ser rebelde y prevaricador de dos maneras esencialmente diferentes. Habiendo dejado el hombre de gravitar hácia su Dios con su entendimiento, con su voluntad y con sus obras, se constituyó en centro de sí propio, y fué el último fin de sus obras, de su voluntad y de su entendimiento.

El trastorno causado por esta prevaricacion fué grande y profundísimo. Cuando el hombre se hubo apartado de su Dios, luego al punto todas sus potencias se apartaron unas de otras, constituyéndose á sí mismas en otros tantos centros divergentes. Su entendimiento perdió su imperio sobre su voluntad; su voluntad perdió su imperio sobre sus acciones; la carne salió de la obediencia en que habia estado del espíritu; y el espíritu, que habia estado sujeto á Dios, cayó en la servidumbre de la carne (1). Todo habia sido antes en el hombre concordancias y armonías; todo fué despues en él guerra, tumulto, contradicciones, disonancias. Su naturaleza se convirtió de soberanamente armónica en profundamente antitética.

Este desórden causado en él por él mismo, se trasmitió por él al universo y á la manera de ser de todas las cosas; todas le estaban sujetas, y todas se le rebelaron. Cuando dejó de ser esclavo de Dios, dejó de ser príncipe de la tierra; lo cual no nos causará maravilla, si consideramos que los títulos de su monarquía terrenal estaban fundados en su divina servidumbre. Los animales á quienes él mismo, en señal de su dominacion, habia puesto sus nombres, dejaron de obedecer á su voz y de entender su palabra y de seguir su mandamiento. La tierra se le llenó de abrojos, el cielo

(1) Ténganse presentes las advertencias hechas anteriormente en las páginas 40 y 91.

se le volvió de metal, las flores se le rodearon de espinas. La naturaleza entera estuvo como poseida contra él de una furia insensata; los mares, al verle venir, volcaron estrepitosamente sus ondas, y sus abismos resonaron con pavorosos estruendos; las montañas para atajarle el paso levantaron hasta los cielos sus cumbres; por sus campos pasaron los torrentes, y sobre sus frágiles tiendas vinieron los huracanes; los reptiles escupieron en él sus venenos, las yerbas le destilaron sus ponzoñas; en cada paso temió una celada, y en cada celada la muerte.

Una vez aceptada la explicacion católica del mal, se explica naturalmente todo aquello que sin ella y fuera de ella parecia y era en efecto inexplicable. No existiendo el mal de una manera sustancial, sino antes bien negativa, no puede servir de materia á una creacion, con lo cual cae naturalmente la dificultad que nacia de la coexistencia de dos creaciones diferentes y simultáneas. Esta dificultad iba en aumento, al paso que se iba adelantando por este escabroso camino, como quiera que el dualismo de la creacion suponía forzosamente otro dualismo mas repugnante todavía á la razon humana: el dualismo esencial en la Divinidad, que ha de ser concebida como una esencia simplicísima, ó no puede ser concebida de manera ninguna. Juntamente con ese dualismo divino viene por tierra la idea de una rivalidad á un tiempo mismo imposible y necesaria: necesaria, porque dos dioses que se contradicen, y dos esencias que se repugnan, estan condenadas por la naturaleza misma de las cosas á una lucha perpétua; imposible, porque siendo la victoria definitiva el objeto final de toda contienda (consistiendo aquí la victoria definitiva en la supresion del mal por el bien, ó del bien por el mal), y no pudiendo ser suprimido ni el uno ni el otro, porque lo que existe de una manera esencial, existe necesariamente; de la imposibilidad de la supresion se seguía la imposibilidad de la victoria, y de la imposibilidad de la victoria, objeto final de la contienda, la imposibilidad radical de la contienda misma. Con la contradiccion divina á que vá á parar forzosamente todo sistema maniqueo, desaparece la contradiccion humana, en que se cae cuando se supone la coexistencia sustancial del bien y

del mal en el hombre. Esa contradicción es absurda, y como absurda inconcebible. Afirmar del hombre que es á un tiempo mismo esencialmente bueno y esencialmente malo, es tanto como afirmar una de estas dos cosas: ó que el hombre es un compuesto de dos esencias contrarias, juntando aquí lo que se ve obligado á separar en la Divinidad el sistema maniqueo; ó que la esencia del hombre es una; y que siendo una, es mala y buena á un tiempo mismo: lo cual es afirmar todo lo que se niega y negar todo lo que se afirma de una misma cosa.

En el sistema católico el mal existe, pero existe con una existencia modal; no existe esencialmente. El mal, así considerado, es sinónimo de desorden; porque no es otra cosa, si bien se mira, sino la manera desordenada en que están las cosas que no han dejado de ser esencialmente buenas, y que por una causa secretísima y misteriosa han dejado de estar bien ordenadas. Por el sistema católico se nos señala esa causa misteriosa y secretísima; y en su señalamiento, si hay mucho que esceda á la razón, no hay nada que la contradiga y la repugne; como quiera que, para explicar una perturbación modal en las cosas que aun después de perturbadas conservan íntegras y puras sus esencias, no hay que recurrir á una intervención divina, con lo cual no habría proporción entre el efecto y la causa: basta para explicar el hecho suficientemente, acudir á la intervención anárquica de los seres inteligentes y libres; como quiera que, si no pudieran alterar de alguna manera el orden maravilloso de la creación y sus concertadas armonías, no podrían ser considerados ni como libres, ni como inteligentes. Del mal, considerado como accidental y efímero, pueden afirmarse sin contradicción y sin repugnancia estas dos cosas: la primera, que por lo que tiene de mal, no ha podido ser obra de Dios; la segunda, que por lo que tiene de efímero y de accidental, ha podido ser obra del hombre. De esta manera las afirmaciones de la razón van á confundirse con las afirmaciones católicas.

Supuesto el sistema católico desaparecen todos los absurdos, y quedan suprimidas todas las contradicciones. Por este sistema, una es la creación y Dios es uno, con lo cual queda suprimida, con el

dualismo divino, la guerra de los dioses. El mal existe, porque si no existiera, (1) no podría concebirse la libertad humana; pero el mal que existe es un accidente, no es una esencia; porque si fuera una esencia, y no fuera un accidente, sería obra de Dios, criador de todas las cosas, lo cual envuelve una contradicción que repugna á un mismo tiempo á la razón humana y á la razón divina. El mal viene del hombre y está en el hombre; y viniendo de él y estando en él, hay en ello una grande conveniencia, lejos de haber en ello contradicción ninguna. La conveniencia está en que, no pudiendo ser el mal obra de Dios, no podría el hombre escogerle si no pudiera crearle, y no sería libre si no pudiera escogerle. No hay en ello contradicción ninguna; porque al afirmar el Catolicismo, del hombre, que es bueno en su esencia y malo por accidente, no afirma de él lo mismo que niega, ni niega lo mismo que afirma; como quiera que afirmar del hombre que es malo por accidente y bueno por esencia, no es afirmar de él cosas contradictorias, sino cosas en que no cabe contradicción, por ser de todo punto diferentes.

Por último, aceptado el sistema católico, cae desplomado el sistema blasfemo é impío, que consiste en suponer una rivalidad perpétua entre Dios y el hombre, entre el Criador y la criatura. El hombre, autor del mal, accidental de suyo y transitorio, no es á manera de Dios, criador, mantenedor y gobernador de todas las esencias y de todas las cosas. Entre esos dos seres apartados entre sí por una distancia infinita, no hay rivalidad imaginable ni competencia posible. En los sistemas maniqueo y proudhoniano, la batalla entre el Criador del bien esencial y el criador del mal esencial era inconcebible y absurda, porque era imposible la victoria. En el sistema católico no cabe la suposición de la batalla, porque no cabe la suposición de la contienda entre partes, de las cuales la una ha de ser necesariamente victoriosa, y la otra vencida necesariamente. Dos condiciones son necesarias para que exista una contienda: que la victoria sea posible, y que sea in-

(1) O no pudiera existir.

cierta la victoria. Toda batalla es absurda cuando la victoria es cierta ó cuando la victoria es imposible; de donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominacion y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los emperadores: en el primer caso, porque el que es uno, será perpétuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpétuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que ó están decididos ántes de trabarse, ó no se deciden despues de trabados.

## CAPÍTULO V.

SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS  
TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

HASTA dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creacion con tan lamentable desvario, es cosa sustraída á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradacion juntamente en Adán su espíritu y su carne, por orgulloso aquel y esta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradacion física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus varias manifestaciones.

Ya digimos que el pecado, causa primitiva de toda degradacion, no fué otra cosa sino un desórden; y como consistiese el órden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinacion jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenian con su Criador, síguese de aquí que el pecado ó el desórden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajacion de esas subordinaciones